

TORREALDAI, Joan Mari

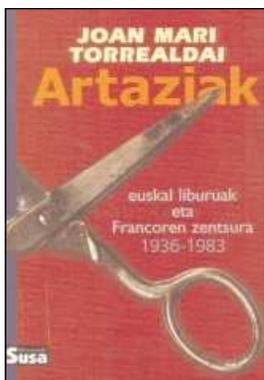
La censura de Franco y los escritores vascos del 98

Donostia : Ttarttalo, 1998. – 121 p. : 24 cm. (Ttarttalo estudios ; 4)

TORREALDAI, Joan Mari

Artaziak. Euskal liburuak eta Francoren zentsura. 1936-1983

Zarautz : Susa, 2000. – 260 orld : 22 cm. – ISBN: 84-86766-98-2



Tras el éxito de *El Libro Negro del Euskara*, Joan Mari Torrealdai vuelve a forjar dos nuevos eslabones de la larga cadena de la negación que toda censura supone. En el primero de ellos, *La censura de Franco y los escritores vascos del 98*, editado por Ttarttalo, el autor rastrea las figuras de Miguel de Unamuno, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu; en el segundo, *Artaziak: euskal liburuak eta Francoren zentsura 1936-1983*, publicado por Susa, Torrealdai analiza la serie de cortapisas, restricciones y sanciones que los libros escritos en euskera y sus autores debieron sufrir.

Su estudio sobre los escritores vascos del 98 constituye casi en su totalidad un capítulo de su tesis doctoral, aún inédita, sobre la censura franquista y el libro vasco (1936-1983). Para ello, el autor ha analizado los informes que los lectores o censores produjeron tras la lectura de las obras de Unamuno, Baroja y Maeztu, obligatoriamente presentadas a un trámite administrativo antes de su publicación.

El trabajo de investigación aparece autor por autor, y en cada uno de ellos (a excepción de Maeztu, por falta de material suficiente), se diferencian cuatro épocas. La primera (1936-1951) corresponde a la etapa de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda. La segunda (1951-1962) comienza con la formación del Ministerio de Información y Turismo, a cuyo frente estaba Gabriel Arias Salgado, y termina con su caída. El tercer periodo (1962-1969) corresponde a la fase de Manuel Fraga Iribarne. Por fin, el último periodo se inaugura en 1969 con Sánchez Bella y prosigue con continuos altibajos como consecuencia de la aceleración de los cambios políticos. El propio autor avisa a quienes pueda extrañar el hecho de que el último periodo se cierre en 1983. Aunque la Constitución española de 1978 prohibiese la censura previa y el secuestro de publicaciones -precisa-, el paso decisivo no se materializó hasta que ese año el Tribunal Constitucional decidiese suprimir el depósito previo de impresos. Desaparecía así automáticamente el cuerpo de lectores o censores, pieza clave en el control y análisis de las publicaciones.

En su rastreo Torrealdai toma como criterio de datación el año de los expedientes, recogidos en su gran mayoría del Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares. El autor ha examinado 24 expedientes que corresponden a 19 obras de Maeztu, 128 expedientes de 135 obras de Unamuno y 161 expedientes

referidos a 188 obras de Baroja. En total se han estudiado 313 expedientes que corresponden a 342 ediciones de 139 obras, repartidas a lo largo de todo el periodo 1936-1976. Hay que tener en cuenta que cada edición de un mismo título significaba la apertura de un nuevo expediente. Ante la abundancia de ediciones y reediciones, el autor ha optado por cubrir todos los periodos examinando en cada ocasión las obras o ediciones clave y seguir la pista de las obras inicial y/o teóricamente más conflictivas.

El trabajo juega, además, a dos bandas. Torrealdai complementa y contrapone la lectura de los informes con la lectura de las obras de dos autores, ambos jesuitas y curiosamente vascos: *Novelistas malos y buenos* (4ª ed., 1933) de Ladrón de Guevara y *Lecturas buenas y malas (a la luz del dogma y de la moral)* (3ª ed., 1962) de Garmendia de Otaola. Estas dos obras se convirtieron en la pauta y guía de los censores.

Ante todo y sobre todo se debe recordar que cuando desde estas páginas se habla de Censura como organización, se refiere a la Censura franquista, cuya estructura y funcionamiento se da a conocer a lo largo del libro. En ella tuvieron un papel principal los lectores (su denominación técnica) o censores, encargados de leer las obras y de hacerlo con arreglo a la legislación vigente y la situación política del momento. Su informe llevaba consigo una parte dictaminatoria o propuesta de resolución, ya que la capacidad decisoria, dictaminadora, pertenecía a los niveles superiores del aparato censor: el Jefe de Ordenación Editorial o el Delegado Provincial. A pesar de ello, la labor de los censores era clave, pues el dictamen final solía coincidir con su propuesta. Únicamente a partir de 1977-1978 no concuerdan las lecturas y las resoluciones.

La Censura no trató de la misma manera a nuestros tres protagonistas. Tanto del número de expedientes analizados como del número de páginas dedicadas a cada uno (46 a Unamuno, 39 a Baroja y 9 a Maeztu), se intuye ya la distinta consideración que merecieron los vascos del 98: "heterodoxos", los dos primeros, "mártir" el tercero.

En Baroja y sobre todo en Unamuno no suele ser su calidad literaria motivo de discusión. Fueron sus posturas religiosas y políticas las que despertaron el afán censor de los lectores, afán que no sintieron en el caso de Maeztu, uno de los ideólogos del franquismo.

Curiosamente, tratándose de vascos, poco tuvieron que utilizar las tijeras en el asunto, siempre recurrente, del separatismo. Sólo tres líneas de una obra de Don Pío dejan "entrever" -dice Torrealdai- un Baroja "separatista". En el resto, nada de nada: de Unamuno se alaba su españolismo y Maeztu es considerado abanderado de la Hispanidad.

Dato que, sin duda, deberá ser valorado en su justa medida, así como el hecho de que tres vascos formaran parte de una de las generaciones más destacadas de la literatura española. En esa valoración y necesaria contextualización de la historia quizá no haya que perder de vista, aparte de la calidad literaria de los tres personajes, que posiblemente sin esas ideas sobre España nunca hubieran formado parte de la Generación del 98.

Muy distinto es el ambiente que se respira en *Artziak: euskal liburuak eta Francoren zentsura 1936-1983*. Si Unamuno y Baroja tuvieron que sufrir el ataque a la libertad de pensamiento que toda censura supone, los protagonistas de este

segundo trabajo de Torrealdai debieron soportar, además, el *lastre* de escribir en euskera y de hacerlo, en muchos casos, desde posiciones que real o supuestamente amenazaban la unidad de la *Patria*.

En su nueva obra el autor vuelve a aprovechar su tesis doctoral para mostrarnos, en este caso, los zarpazos que la Censura franquista propinó a los libros escritos en euskera. En esa búsqueda Torrealdai sigue aprovechando su principal fuente de información: el Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares. Allí ha consultado más de dos mil expedientes relacionados con el tema vasco y de ellos ha estudiado unos mil sobre obras en castellano y el resto sobre la producción en euskera. De estos últimos poco más de doscientos tenían el informe de los censores. Algunos de ellos son los que Torrealdai ha utilizado para este libro.

En esta ocasión el autor combina su labor de entomólogo, suficientemente demostrada en su trabajo sobre el 98, para abrir las puertas a la historia más palpitante y recoger la experiencia de aproximadamente cuarenta escritores y catorce editores, testigos y víctimas de la Censura.

Así documento tras documento, testimonio tras testimonio el autor va componiendo la radiografía de un tiempo pasado. Las páginas iniciales en las que se explican los mecanismos de la Censura, sus responsables principales y secundarios o las leyes de cada momento sirven de necesario preámbulo para el cuadro final. Después el trabajo se estructura en tres grandes capítulos. El primero se inicia en 1936 y termina en 1955, cuando el relevo generacional obliga al autor a pasar página. Comienza entonces el segundo y gran capítulo del libro, el correspondiente al periodo 1956-1975. Cambio de personas y cambio de época que poco a poco van a ir empujando una mayor producción editorial en euskera y una manera más eficaz de oponerse al franquismo. El último capítulo (1976-1983) nos recuerda los últimos zarpazos de la fiera, ya moribunda, pero con la suficiente fuerza todavía para derribar más de un molino convertido en peligroso gigante.

Como el propio autor destaca, la Censura no sólo afectó a la producción de libros. También los periódicos, las revistas, el teatro, los espectáculos, el cine, la radio, la televisión o el propio bersolarismo tuvieron su propio sistema censor, esbozado siquiera en estas páginas y a la espera, sin duda, de su propia investigación. De lo que Torrealdai se ocupa y preocupa en esta ocasión es de los libros, de los libros en euskera.

Así revivimos o conocemos una época en blanco y negro, un tiempo de misa obligada, verdades eternas y anillos contra el euskera. Salen los fantasmas del armario, se desempolvan miedos pretéritos para decirnos que fueron reales, que existieron y marcaron la vida de demasiada gente durante demasiados años. Labor necesaria, ejercicio imprescindible en un tiempo que parece querer negarlo todo, que parece osar decir que los fantasmas sólo existieron, sólo habitaron en la mente de unos pocos.

Resulta curioso, en este sentido, que aquéllos que se empeñan en negar o relativizar esos espectros sean quienes agiten su bandera con parecidos argumentos y razones. Cuestiones como la incapacidad del euskera para ser una lengua de cultura, su utilización política o hasta la propia grafía son espantajos que parecen revivir de tumbas que se creían definitivamente lacradas.

Los miedos, los fantasmas que tuvo que sortear el euskera son desgranados por Torrealdai página a página, párrafo a párrafo con la frialdad que el historiador necesi-

ta, pero a la vez que con la pasión de quien, como escritor y responsable de distintas publicaciones, sufrió los rigores del duro invierno. Y digo los miedos y fantasmas que tuvo que sortear el euskera porque más que el libro en sí, su contenido, era la forma, el hecho de que estuviera escrito en euskera lo que llenaba todo hasta contaminar el propio fondo.

Dicha contaminación se daba en varios niveles. Torrealdai nos muestra el *vía crucis* que debía superar todo libro por el mero hecho de estar escrito en una lengua condenada por el franquismo a no ser nunca una lengua de cultura en la cual fuera posible expresar todo saber y conocimiento. Acaso detrás sólo había el miedo a que el desarrollo culto del idioma fuera el primer paso de la aparición de un pujante nacionalismo cultural, unido siempre al nacionalismo político y éste identificado necesariamente con el separatismo. La forma, el euskera, pues, lo ocupaba todo. Aún más, cuando hasta la propia grafía, la forma de la foma, solía ser argumento de la Censura a la hora de autorizar la publicación de un libro. Así frente a la grafía española, propia del pueblo, tradicional y limpia de neologismos -destaca Torrealdai- se presentaba la grafía separatista, artificial, inventada por Sabino Arana e imposible de entender.

Quizá podamos dar un paso más e imaginarnos la desconfianza de partida de la Censura franquista, dispuesta ya desde el comienzo a no ser excesivamente benévola con lo que allí se decía, por la única razón de no estar escrito en castellano=español. En definitiva, era el libro, el contenido lo que en último término sufría los embates, cuando en muchos casos era el hecho de que el medio de comunicación elegido fuese el euskera lo que se castigaba. El mismo texto escrito en castellano no hubiese soportado las mismas acometidas: el contenido hubiera sido recibido con menos recelos, estaría redactado en una lengua culta y no hubiera tenido ningún problema con la grafía.

No resulta fácil -reconoce Torrealdai- evaluar los resultados de la Censura en la literatura y cultura vascas. El estudio cuantitativo dejaría sin tener en cuenta todo lo que no se publicó, porque ni siquiera llegó a brotar, congeladas las mentes en el duro invierno franquista. Tampoco es fácil evaluar la autocensura, obligado el autor, antes de coger pluma y papel, a elegir los asuntos a tratar, a ponerse en la mente (censora y restrictiva) del lector mientras estaba escribiendo, y a reformar el texto, si así lo creía oportuno la Censura y el escritor desea publicar el libro, una vez todo estaba terminado. Es complicado cuantificar, y, en este sentido valorar todo lo que dejó de nacer (¿cómo medir la nada?, ¿cómo escuchar el silencio?) o conocer cómo lo hubiera hecho en otras condiciones (distinta forma de medir la nada y el silencio).

Menos complicado resulta aventurar que sin ella, sin la Censura, enemiga -destaca Torrealdai- de todo debate intelectual y, como tal, responsable del páramo cultural de la época, todo hubiera sido distinto. Como, en definitiva, lo hubiera sido sin el franquismo, el monstruo que le daba aliento. Por ello, se hace necesario no sólo incidir en distintos aspectos de la Censura, algunos ya apuntados por el autor, sino investigar una época en la que acaso encontremos muchas de las claves que nos permitan conocer nuestro presente y adentrarnos, dispuestos a todo, en el largo sueño franquista del que nos ¿despertamos? para bien o para mal distintos.

José Luis Nieva Zardoya